



PROCLAMACIÓN PARA LA MISA

Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,
querido pueblo santo de Dios reunido bajo la protección maternal de Nuestra Señora de Guadalupe:

A la luz de la Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, y en medio de los horrores de las injusticias actuales y de las vergonzosas políticas migratorias que hoy afectan tan profundamente a nuestra comunidad eclesial, deseo extenderles mi más afectuoso saludo. Al honrar a Nuestra Señora de Guadalupe—Patrona de todas las Américas—elevamos nuestro corazón a su protección maternal y a su solidaridad inquebrantable con los pobres, los vulnerables y todos los que sufren. A cada miembro de nuestra comunidad, especialmente a quienes viven con miedo, incertidumbre o discriminación, les expreso mi sincera preocupación pastoral, mis oraciones y mi compromiso firme de acompañarlos en esta hora difícil.

En este día bendito, les envío mis Bendiciones Apostólicas y mis más cálidos y sinceros saludos. Hoy contemplamos a la Virgen del Tepeyac, siempre presente entre su pueblo, intercediendo, protegiendo y guiando a quienes buscan justicia, dignidad y paz.

Como su pastor, debo hablarles desde lo más hondo de mi corazón. Nuestras comunidades están sufriendo bajo políticas injustas y arbitrarias, y bajo acciones duras y con frecuencia deshumanizantes llevadas a cabo por ICE. Estas acciones han sembrado temor, inestabilidad y un profundo dolor en muchas de nuestras familias. Ninguno de nosotros permanece ajeno a estas prácticas oscuras que ocultan el rostro de la misericordia y contradicen el Evangelio que proclamamos.

Así como nuestros antepasados en la fe soportaron persecución y violencia de parte de los poderosos y, sin embargo, permanecieron firmes en la esperanza, también nosotros atravesamos un tiempo de prueba. Pero su valentía, su fidelidad y su testimonio inquebrantable fortalecen profundamente mi propia fe. Ustedes se niegan a permitir que nada ni nadie les quite lo que es esencial: su dignidad, su fe y su identidad como hijos e hijas amados de Dios. Esto, queridos hermanos y hermanas, es un testimonio luminoso para toda la Iglesia.

Hoy uno mi oración a la de ustedes, suplicando al Señor que ponga fin lo antes posible a toda forma de discriminación, racismo y abuso de poder. Que esta nación—que alguna vez prometió paz, seguridad y la posibilidad de una vida plena vuelva su rostro hacia la justicia y la compasión.

Que Nuestra Señora de Guadalupe los envuelva en su tilma de amor, los sostenga en la esperanza y nos guíe a todos por el camino de la paz y la justicia.

Permanezcan fuertes y valientes. Sepan que los llevo en mi corazón y en mis oraciones, y que siempre los acompaña la gracia inmensa de nuestro Dios.

Con mi Bendición Apostólica,

Reverendísimo George R. Lucey, FCM
Obispo Presidente